

Universidad Teológica del Caribe

Curso: Espiritualidad Contemporánea

Presentación # 2 Espiritualidad y Liberación

Profesora: WALESKA VEGA JIMENEZ

Estudiante: Ramón Martínez

Número de Estudiante: 3690

Fecha: 02/07/2025

Reflexión personal sobre el capítulo 8 del libro: Amparo Rivera- Espiritualidad y Liberación

Desde que inicié mi camino como pastor, he predicado sobre la importancia de perdonar, porque veo el perdón como uno de los fundamentos de nuestra vida cristiana. Con solo mirar la cruz y el sacrificio de Jesús, entendemos que el perdón es clave en nuestra relación con Dios. Pero al leer *La disciplina del perdón*, descubrí nuevas perspectivas que me ayudaron a reafirmar y profundizar lo que ya sabía. Ahora entiendo el perdón no solo como algo que “debemos hacer” cuando alguien nos ofende, sino como una práctica constante que va moldeando nuestro carácter y nuestra relación con Dios y los demás.

1. Cómo veía el perdón antes

Siempre consideré el perdón como un mandato esencial: “Dios nos perdonó, así que nosotros debemos perdonar a otros.” Tenía en mente versículos como Lucas 11 (la oración modelo) y la historia de José en Génesis, donde él perdona a sus hermanos. También hablaba mucho de la advertencia de Jesús sobre perdonar “setenta veces siete.”

Sin embargo, aunque sabía que el perdón es innegociable, no siempre lo conectaba con la idea de “disciplina espiritual.” Lo enseñaba más bien como “tienes que obedecer a Dios” y, si no lo haces, te arriesgas a dañar tu relación con Él. Claro, entendía que el perdón traía paz, pero me faltaba explicar todo lo que sucede en lo profundo del corazón cuando practicamos el perdón de forma continua.

2. Lo que aprendí con esta lectura

Al estudiar este tema con más detalle, confirmé y amplié mi visión:

a) El perdón viene del carácter de Dios.

Ya sabía que Dios es paciente y lleno de misericordia, pero esta lectura me recordó que perdonar no es solo algo que Dios hace: es parte de quien Él es. Cada vez que ejercemos el perdón, nos alineamos con la naturaleza amorosa del Señor.

b) El perdón es una disciplina.

A veces solemos pensar que la oración, el ayuno y la lectura bíblica son nuestras únicas disciplinas espirituales. Ahora entiendo que perdonar también debe practicarse de forma cotidiana. No es un reflejo que se activa solo cuando hay un problema, sino un hábito del corazón que nos lleva a soltar el rencor y buscar la reconciliación.

c) El perdón sana.

Había mencionado la paz que trae perdonar, pero ahora lo veo todavía más claro: cuando no perdonamos, nos encerramos en una prisión de resentimiento y culpa. Esto afecta nuestra vida

espiritual, nuestras emociones e incluso nuestros vínculos con quienes nos rodean. El perdón, en cambio, nos libera.

d) El riesgo de tropezar.

Jesús advirtió que negar el perdón puede llevarnos a un tropiezo serio en la vida cristiana (Lucas 17:1-4). Retener la ofensa genera divisiones y puede alejarnos de Dios y de la comunidad. Me di cuenta de que tomar en serio estas palabras de Jesús es vital para no romper la comunión en la iglesia o en la familia.

3. Ejemplos que confirman esta nueva comprensión

a) Una pareja con rencor mutuo

A lo largo de mi labor pastoral, he visto a muchos matrimonios quedarse estancados en la culpa y el resentimiento. Una pareja en particular llegó a mí con años de discusiones e ira acumulada, donde cada uno señalaba al otro como el culpable. Desde el principio, les destaqué que más allá de la orden divina de “perdonarse porque así lo manda Dios,” era fundamental que descubrieran las herramientas necesarias para sanar de manera profunda.

Les expliqué que soltar el rencor no significa ignorar lo que ha pasado, sino tomar la decisión de no retener al otro “bajo juicio,” confiando en que Dios es el único Juez. Para ello, practicamos ejercicios de reflexión, oración y escucha mutua. Con el tiempo, la pareja no solo se liberó de las constantes peleas, sino que fue desarrollando el hábito de perdonarse y dialogar cada vez que surgían diferencias. Esto me reafirmó que el perdón, lejos de ser un acto puntual, es un proceso diario que fortalece la relación y trae verdadera sanidad.

b) Reconocer mis propios errores como padre

En mi vida personal, a veces me enfocaba tanto en el ministerio que no pasaba el tiempo suficiente con mi familia. No es que los abandonara, pero sí me di cuenta de que, en ocasiones, no estaba siendo el padre presente que ellos necesitaban.

Al reflexionar sobre lo aprendido, sentí la necesidad de pedirles perdón por no haber estado todo lo disponible que debía. Fue un acto humilde que abrió la puerta a conversaciones sinceras. Mi familia agradeció el gesto y me sentí mucho más cerca de ellos. Esto me dejó claro que el perdón también aplica en pequeños detalles que pueden ir acumulándose si no los resolvemos a tiempo.

4. Cómo lo aplico ahora en mi ministerio

a) Predicar sobre el perdón con mayor profundidad

Cuando hablo sobre la importancia de perdonar, no solo insisto en que se trata de un mandato divino, sino que también explico cómo el perdón es un proceso que trae sanidad y nos ayuda a madurar espiritualmente. Enseño que liberarnos del resentimiento no implica ignorar la

injusticia, sino más bien confiar en que Dios ejercerá un juicio perfecto y así evitar que la ira se apodere de nuestro corazón.

b) Consejería con enfoque en la gracia

Cuando las personas llegan con problemas de ofensas y resentimientos, no me quedo solo en la obligación moral. Les ayudo a ver que el perdón trae libertad. Les recalco que no están negando el dolor, pero tampoco se aferran a él. De esta forma, el perdón se vuelve un paso práctico para vivir en armonía, no una simple orden.

c) Crear espacios de reconciliación

He promovido grupos de apoyo donde la gente comparte heridas pasadas y busca ayuda en la oración y la reflexión bíblica. Estos espacios han sido un refugio para quienes necesitan soltar odios o pedir perdón.

d) Ser un ejemplo como pastor

He entendido que yo también debo pedir perdón si cometo errores o si hiero a alguien de la congregación. Lejos de quitarme autoridad, esto muestra a los hermanos y hermanas que somos una comunidad de seres humanos frágiles que necesitan la gracia de Dios. La humildad es clave para reflejar un liderazgo auténtico.

5. Cómo cambió mi forma de pensar

Comparado con mi forma original de ver el perdón, ahora:

- **Refuerzo** que es parte del carácter divino y no solo un mandato.
- **Practico** el perdón como disciplina, no como algo que se activa ocasionalmente.
- **Destaco** su papel en la sanidad de nuestra alma, no solo en la obediencia a Dios.

He notado que, cuando la comunidad se acostumbra a pedir y recibir perdón con sinceridad, hay menos chismes, menos conflictos a largo plazo y más compasión. La convivencia se hace más genuina y la gente se siente libre para reconocer sus errores, sabiendo que encontrará comprensión.

6. Conclusiones y proyección

Esta lectura me ayudó a ver el perdón como una práctica que necesitamos todos los días. Siempre ha sido central en mi predicación, y lo presento como una disciplina que nos transforma desde dentro, nos protege de caer en rencores y fomenta la unidad en la iglesia y la familia.

He visto cómo muchas personas encuentran un nuevo sentido de paz cuando logran liberarse del resentimiento. También he entendido que, como pastor, soy el primero que debe modelar esta

actitud, pidiendo perdón cuando sea necesario. No es una señal de debilidad, sino un acto que demuestra el verdadero carácter de Cristo en nosotros.

Al final del día, perdonar no es solo obedecer una orden divina; es participar de la naturaleza de Dios, quien nos amó y nos perdonó primero. Por eso, cada vez que enseño sobre este tema, insisto en que el perdón es un regalo que se multiplica: libera tanto al ofendido como al ofensor y nos conduce a la comunión auténtica con Dios y con los demás. Ese es el gran poder de la disciplina del perdón.

Referencia:

Amparo Rivera, Roberto. Introducción a las Disciplinas Espirituales. Nashville, Tennessee: Abingdon Press, 2008.